

La Cultura en el Diván

Gioconda Espina Fernández

Escuela de Trabajo Social y Postgrado de Seguridad Social Integral,
Facultad de Ciencias Económicas y Sociales,
Universidad Central de Venezuela
Caracas - Venezuela
e-mail: espinagio@cantv.net

Resumen

De nuevo sociólogos, filósofos y psicoanalistas retoman la conversación iniciada en la década del 60 por Herbert Marcuse y otros, para encontrar explicaciones del comportamiento del individuo en sociedad que las ciencias sociales no pueden comprender por sí solas pero, también, para insistir en que los psicoanalistas no pueden circunscribir la escucha y la interpretación del triángulo edípico del sujeto hombre o mujer que sufre y habla desde el diván.

Palabras claves: Psicoanálisis, Género, Sociología, Conversación, Objeto de Amor.

Abstract

Once again, sociologists, philosophers and psychoanalysts take back the talk that Herbert Marcuse and others started in the sixties to explain the individual behavior in society—behavior that social sciences cannot understand by themselves—and also to maintain that psychoanalysts cannot confine the listening and interpretation to the subject's Oedipus triangle, man or woman, who suffers and talks from the divan.

Key words: Psychoanalysis, Gender, Sociology, Object of Love.

Es urgente poner a conversar al psicoanálisis con otros saberes. Otros podrán insistir en la "conversación" entre los saberes de los psicoanalistas, los etólogos y los embriólogos, para dar un ejemplo que surge de una lectura reciente. A mí me interesa la conversación entre el psicoanálisis y las teorías de género, esto es, entre el psicoanálisis y la sociología, la filosofía, la antropología y la psicología escrita por autores que han enfatizado el peso de la categoría de género en la constitución de la subjetividad. Para responder la pregunta que algunos y algunas ya se estarán haciendo, me apresuro a registrar la definición de género de Jane Flax, filósofa, psicoanalista y teórica feminista estadounidense: género es "en primer lugar (...) una relación social independiente y autónoma de otras, como raza y posición económica, pero que al mismo tiempo las moldea. Es una forma de poder (...). En segundo lugar, es una categoría de pensamiento, es decir, el género limita o hace parcial de forma sutil o abierta el pensamiento (...). Por ejemplo, el género ayuda a estructurar nuestras ideas acerca de la naturaleza y la ciencia, lo público y lo privado, lo racional y lo irracional. En tercer lugar, el género es un elemento constituyente central en el sentido del yo de cada persona y en la idea de una cultura de lo que significa ser persona" (Flax, 1995:84-85)

En esta necesidad de poner a conversar distintos discursos sobre problemas de interés común y antiguo, como es la constitución del sujeto para filósofos, psicoanalistas y otros teóricos de las humanidades y las ciencias sociales, mucha gente nos lleva ventaja en América Latina. Así, por ejemplo,

Fernando Mires, sociólogo chileno radicado hace más de veinte años en Alemania, un lugar donde la "conversación" entre discursos está más vigente que nunca con la reunificación en marcha, acaba de reivindicar a Freud para la inteligencia del sujeto en sociedad, lo cual decidió hacer después de releer los últimos textos de Freud, mientras buscaba respuestas que la sociología ya no le daba. Uno de esos textos, **El malestar en la cultura** (1930), le sugirió el título del suyo, *El malestar en la barbarie*, título que, a la vez, es un homenaje a Freud, tan desencantado en la Europa de postguerra como el propio Mires lo está hoy, habitante de una Europa enfrascada en pequeñas guerras nacionalistas y autoexiliado de los dos Chiles, el que tuvo que dejar y este otro en el que ya no hay nada que lo ate.

Por otra parte y en contra de la opinión de algunos colegas suyos que piensan que es ocioso recurrir al psicoanálisis ocupado de la subjetividad, como en contra la opinión de quienes entienden el psicoanálisis una disciplina que hay que mantener a salvo de los intrusos, presa en los consultorios, Mires advierte a todos, sociólogos y psicoanalistas, que esa discriminación no es de Freud, quien dedicó más de la mitad de su obra a temas como sociedad, cultura, arte y literatura. "El tema de la cultura en Freud no es diferente al del individuo sino que es el del individuo en la cultura, del mismo modo que el tema individual es el de la cultura en el individuo (...) el objeto de análisis freudiano (...) debe ser encontrado en la interacción de diversos puntos (...) si el objeto es la interacción, el psicoanálisis no puede sólo ser —y no lo era para Freud— propiedad privada

de determinados profesionales (...) sino un campo abierto al que podemos –e incluso debemos—tener acceso todos, seamos sociólogos, historiadores, antropólogos o cualquier otra cosa que estudie a esa especie tan extraña que es el ser humano" (Mires, 1998: 14-15).

Ya en 1913, Freud hablaba de esa interacción señalada por Mires en **Múltiple interés del psicoanálisis** y exponía el interés que debería tener el psicoanálisis para la psicología, desde luego, pero también para las ciencias no psicológicas, como la filología, la filosofía, la biología, la historia de la evolución, la historia de la civilización, la estética, la pedagogía y la sociología. Para justificar el interés de la sociología por el psicoanálisis y viceversa, precisaba: "he descubierto cuán ampliamente participan las circunstancias y exigencias sociales en la etiología de las neurosis. Las fuerzas que producen la limitación y la represión de los instintos por el yo nacen esencialmente de la docilidad del mismo con respecto a las exigencias culturales sociales" (Freud, 1973:1865).

Por cierto y antes de ir con los analistas, hay que decir que Mires con toda la honestidad que caracteriza a su obra de más de treinta títulos, advierte que la propuesta desde la sociología de promover la "conversación" entre el psicoanálisis, la sociología y otras disciplinas, no es nueva, pues ya la había hecho y trabajado extensamente Herbert Marcuse (**Eros y civilización**, 1957) entre fines de los años cincuenta y los sesenta, así como Norbert Elías (**El proceso de civilización**, 1995), Alexander Mitscherlich (**Hacia una sociedad sin padres**, 1996), Christopher Lash (**La cultura del narcisismo**, 1979)

y Charles Taylor (**El malestar en la modernidad**, 1995) en las décadas siguientes.

"No hay hombres" ...

Voy a ejemplificar la propuesta de la inclusión de la categoría de género en la escucha y en la puntuación psicoanalíticas, así como en la elaboración teórica, a partir de un caso que J.A. Miller citó en julio de 1987 en Brasil, en cuatro conferencias recientemente publicadas. Once años después, en diciembre de 1998, con motivo de su seminario en Caracas, y cuando aún no había leído yo estas conferencias de Brasil, tuve al escucharlo esta impresión después de la primera intervención suya: independientemente de las situaciones que derivaron en la crisis de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP) consolidada en el verano del 98 en Barcelona, España, hay que decir que Miller (quien, para quien no lo sepa, es el Delegado General de la AMP) tiene incorporado en su discurso la categoría de género. Una incorporación como la que Mires tiene y que no necesita declarar, así como no necesita el demócrata declarar cada diez minutos que no está a favor de las dictaduras. Nunca habló J.A. Miller "del discurso de la histérica" o de "la histérica". Siempre decía "el discurso de la histeria" o "el sujeto histérico", como corresponde. Tampoco deslizó un chiste sexista entre los muchos que hace en sus exposiciones. Al contrario, se divirtió a mares cuando uno de sus colegas de aquí —en la reunión final— no se daba cuenta de que la burla que de sus palabras hacían algunas personas en la sala, no era por las ideas que expresaba

sino porque una y otra vez hablaba de "niños", excluyendo a las niñas que igualmente sufren el trastorno al que se estaba refiriendo.

En junio de 1999 leí las conferencias dictadas en Brasil y ratifiqué la impresión de diciembre del 98, a pesar de que no siempre hace Miller las aclaratorias que hubiera podido hacer. Una de esas oportunidades la pierde cuando en la primera conferencia, a la que M. Basolls tituló para efectos de su publicación, **Método**, JAM advierte sobre la necesidad y la dificultad de establecer la estructura del sujeto de la demanda, pues a veces parecen entrecruzadas las estructuras. Así, por ejemplo, "algunas mujeres tienen experiencias inexpresables (...) de goce (...) cuando no ocurre lo que la mujer busca. Se ha de escoger entre psicosis y feminidad" pues, como precisó Lacan, "Hay en las mujeres una cierta normalidad en no saber y no poder expresar lo que sienten, con lo que gozan", de manera que "durante algunos minutos (la mujer puede) parecer psicótica" (Miller, 1997: 25). No dice más y una se queda con las ganas de saber lo que él piensa de la hipótesis de que lo que ha hecho secularmente "no saber" o callar a las mujeres sobre su goce es una prohibición que es parte del Ideal femenino del Otro, del Ideal del Yo mujer de la cultura, bajo la supervisión de un Superyo implacable que le recuerda que "de eso no hablan las mujeres". El relativamente reciente derecho de la mujer a tomar la palabra para hablar por sí misma ha tenido sus efectos en ese Ideal, pero no tanto como para que no se imponga la autocensura.

Si una se queda con las ganas de saber lo que J.A. Miller piensa del

asunto es, precisamente, porque en la segunda conferencia, titulada **Diagnóstico psicoanalítico y localización subjetiva**, cuando habla de que en análisis lo que interesa es el sujeto de derecho y no el sujeto de hecho, se detiene en la pregunta del sujeto en análisis: "¿A qué cosas tengo derecho?", para advertir que fuera del dispositivo analítico, la pregunta "¿a qué tienen derecho una mujer" es "retomada por los hombres (...) para disminuir los derechos del otro lado, privilegiando el derecho masculino" (Ibid: 36). Sin embargo, sigue, en análisis la pregunta también es traída por las mujeres desde una complicación, puesto que "existe el factor biológico de la reproducción sexual (...) pero hay también la cuestión de la ausencia de derecho del lado femenino. Eso no quiere decir que el hombre esté tan privilegiado por su privilegio" (Idem).

De un neurótico obsesivo que no quiere ceder terreno ante los centímetros de independencia que ha ganado su mujer en análisis con JAM, se trata el caso que trae a colación en la misma conferencia. En la primera de dos únicas entrevistas preliminares que habían tenido lugar antes de ir a Brasil, el marido habla del terreno perdido y J. A. Miller pronuncia estas únicas tres frases intercaladas: "Usted no quiere cambiar"... "Para usted las mujeres son seres inferiores"... "Mis últimas palabras fueron que me parecía que él necesitaba (...) actualizarse" (Ibid: 54).

¿Qué es lo que le pasaba a este hombre?, se pregunta J. A. Miller en Brasil. Que "ahora, la esposa va al analista y, semanas después, un señor se encuentra sin su siervo" (Idem). Entonces va al mismo analista de la esposa, a pedir ayuda para "poder

perderla como una mierda" (Id), que fue la razón ética por la que, dice J.A. Miller, "rechacé (...) la formulación de su demanda" (Ibid:55), sin rechazarlo a él como sujeto.

Como recordarán quienes conocen las conferencias de Miller el 87 en Brasil, en la segunda entrevista el hombre dijo que no iniciaría el análisis y al rato llamó para anular la anulación del análisis. El sujeto luchaba por sostenerse en el "O todo o nada", por continuar estableciendo como hasta ahora "las reglas del juego para una mujer sin punto de referencia", lo cual es muy común agrega J.A. Miller: "hay muchos matrimonios formados en la alianza entre una histérica sin punto de referencia y un neurótico obsesivo que se sacrifica para constituirse como tal" (Ibid: 55), de manera que cualquier cambio de uno en la ecuación desestabiliza al otro. En este caso, "toda la posición subjetiva del marido fue desestabilizada por el hecho de que su mujer, cambió un poco su posición subjetiva, pasando a no aceptar más los dichos de menosprecio de su marido" (Id).

Este caso de J. A. Miller que ejemplifica la importancia de que el analista haga las preguntas que problematicen al sujeto hasta poner en duda todas las seguridades con las que llegó, fue por mí elegido para comparar sus comentarios sobre la pareja del obsesivo y la histérica parisinos, con éste otro que he oído no una sino muchas veces en la Escuela del Campo Freudiano de Caracas, ECFC, y que afirma, palabras más palabras menos, "que las mujeres que tanto dicen que no hay hombres, lo que tienen que hacer es presentarse en falta para que los obsesivos se ofrezcan a completarlas".

Es decir, hacer la mascarada o, más difícil aún, exponer lo más íntimo que sólo la almohada o el analista conocen. Nótese, además, que se generaliza el diagnóstico de histéricas para todas las mujeres que se quejan de la falta de hombres.

Que una histérica puede completarse con un obsesivo también lo dice J.A. Miller, pero no convierte la posibilidad en una recomendación universal y, más bien y como veremos al final, recuerda que **ponerse en falta es algo que podría no hacerse**. Cada vez que he oído en la ECFC esa recomendación para las mujeres que dicen lo que cualquier persona puede ver y oír con sólo andar por la calle y entrar a los sitios públicos, eché de menos la posibilidad de que se plantearan hipótesis que tomaran en cuenta otros saberes y, sobre todo, los nuevos tiempos. Hipótesis que, como sugería Miller al marido de su paciente, se actualizaran. Más lógica parece una hipótesis que incluya tanto a Freud como a la categoría de género y que nos remitiría, tanto a aquellas condiciones para ser elegidas por un tipo especial de hombre de las que habló Freud en 1910, como a la consideración de que hombres y mujeres protagonizan relaciones sociales desiguales; que esas relaciones desiguales por razones de sexo son consideradas naturales y no culturales por gran parte de las teorías que las describen y explican; y que todo ello es esencial en la construcción de la subjetividad de cada hombre y cada mujer.

Noventa años después de publicar Freud **Sobre un tipo especial de la elección de objeto en el hombre**, el tipo "especial" parece gozar de tan buena salud que es la más común y una

posible explicación de por qué las mujeres suelen decir en los divanes "que no hay hombres" podría ser ésta: independientemente de la estructura del sujeto e independientemente del lado que se haya colocado en la fórmula de la sexuación, posición femenina o masculina, prevalece en la cultura dominante la dificultad para que un hombre desee hacer pareja con una mujer con igual *status* y aquí no nos referimos sólo a uno de los *status* posibles, el socioeconómico. Para ser elegible como objeto de amor por un hombre, deberá la mujer estar en posición de rescatable (desempleada, en busca de un mejor empleo o de un ascenso, insatisfecha con su marido o amante o necesitada de un hombre experimentado que —como se dice vulgarmente— "resuelva"). Para decirlo en los términos de Freud, deberá suscitar ese deseo de ser "salvada" que, decía Freud, suele estar ligado a las otras dos condiciones para ser elegibles como objeto amoroso (la condición del "perjuicio del tercero" y la de ser "sexualmente sospechosa"). La génesis de esa elección está, recordemos el artículo de 1910, en el deseo inconsciente del sujeto en sustituir a su primer objeto de amor, a esa mujer del otro que fue su padre, a su propia madre, finalmente no tan sagrada como pensó en su tierna infancia sino bastante profana, como pudo inferir después de verificar que entre ella y el padre había un intercambio más allá de las palabras

Ya incorporando la categoría de género (una relación de poder, una categoría del pensamiento y un elemento constitutivo del yo de cada quien, como dice Jane Flax) a Freud, esta hipótesis también podría

reescribirse así: a pesar de que estamos entrando al siglo XXI, aún para una mayoría de hombres del planeta Tierra, la condición primera que hace a una mujer deseable, es la de estar en minusvalía en una parcela en la que el hombre ejerce una cuota mayor de poder.

Como queda dicho, no se trata de una minusvalía socioeconómica, aunque en algunos casos de eso se trata, sino de cualquier inferioridad en otras relaciones desiguales de poder: intelectual, académica, de prestigio en un área específica, etc. Cualquier relación que la haga cenicienta ante el príncipe que la redimirá hasta del sueño eterno con un beso. Si las telenovelas tienen el éxito que tienen es porque descubrieron el valor económico de la explotación de este filón de las condiciones del objeto de amor para el hombre y de que la mujer continúa sujeta al ideal de la cultura que la hace anhelar la redención por "un hombre que la represente", "que lleve para la casa", como se dice en Venezuela.

Más todavía: sigue sin estar bien visto que una mujer, obsesiva o no, deseosa de convertirse en el punto de referencia de un hombre o de conseguir uno, pueda confesarlo al posible beneficiario, algo que Freud expresaba en 1908, en **La moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna**, con estas palabras que podría asumir cualquier feminista del siglo entrante: "La educación les prohíbe (a las mujeres) toda elaboración intelectual de los problemas sexuales " que, sin embargo, les causa una curiosidad que es considerada poco femenina y supuestamente denota su disposición viciosa. Tal "intimidación coarta su actividad intelectual y rebasa en su

ánimo el valor de todo conocimiento, pues la prohibición de pensar se extiende más allá de la esfera sexual (...) proceso análogo al que provocan los dogmas en el pensamiento del hombre religioso (...) Opino que la indudable inferioridad intelectual de tantas mujeres ha de atribuirse a la coerción mental necesaria para la coerción sexual" (Freud, 1973: 1258-59). Como siempre Freud –al contrario de la mayoría de sus seguidores– hace énfasis en las razones culturales que facilitan la coerción de un sexo por el otro, al mismo tiempo que enfatiza el origen edípico de la elección de objeto amoroso.

Habrà quien encuentre contradicción con la recurrencia a la caracterización del objeto amoroso que hace Freud hace noventa años y la afirmación de que hay que escuchar a cada sujeto en su tiempo. Pero no hay contradicción alguna, los tiempos cambian y los sujetos con los tiempos, pero ya se sabe "que la superestructura es lo último que se modifica", como decía aquél que pocos mencionan ya. Ciertamente, mucho ha llovido desde que Freud describiera cómo se establecían muchas relaciones amorosas en su tiempo, pero algunas cosas "son más fuertes que el odio", lo cual no quiere decir que sean inmodificables. Que esas sean las condiciones para establecerse una relación amorosa no es culpa de Freud, él sólo observó, escuchó y las describió. Menos culpable es de que no se hayan modificado para las mayorías del planeta. Precisamente, esa es otra de las cosas que hacen importante al psicoanálisis hoy, a punto de comenzar el nuevo milenio, nos permite medir los avances desiguales: la ciencia y la tecnología por un lado y por el otro lado a los pobres sujetos, hombres y mujeres

atados a mandatos y prohibiciones similares o idénticos a los del comienzo de lo que llamamos civilización. Pero esto se mueve. Si no veamos a Venezuela: Manuel Caballero afirma que "el más significativo de los cambios sociales que se hayan producido en estos últimos cuarenta años de historia venezolana es lo que debe considerarse la gran revolución social latinoamericana de este siglo (...): la invasión de la calle por la mujer (...) Caracas en los años treinta (...) Una ciudad de hombres. Ninguna mujer en sus calles" (Caballero, 1998:118). Esa situación comenzó a cambiar desde el año 36 y en la actualidad tenemos cursos en la UCV sin un sólo estudiante y esto no le resulta extraño a nadie. Sin embargo ¿han visto la cara que pone aún la gente que llega a un restaurante y encuentra a una mujer sola comiendo o tomándose una cerveza en una mesa? Sólo le quitan la mirada de encima si concluyen que se trata de una turista. Que las mujeres sean mayoría en las universidades, que sean presidenta del Banco Central o Ministra de Finanzas, vaya y pase, pero no que asistan solas a los lugares donde van los hombres de las otras mujeres, de las otras que jamás irían a sentarse solas a hacer lo que sólo deben hacer acompañadas. "Así es como tiene que ser", dicen estas últimas que hacen mayoría, eso es "lo femenino".

Es el Ideal del yo Mujer resistiendo la modificación que de todas formas llegará. Ellas prefieren asumir que la mujer sola en la mesa se está poniendo en falta y buscando quien la complete, antes que considerar que la mujer sola en la mesa sea una mujer independiente que no necesita ni quien le cancele la cuenta ni que uno de los comensales

la acompañe después del almuerzo por el resto de la vida. ¿Cómo extrañarse entonces de la queja por falta de hombres, es decir, de hombres iguales a ellas, de esos pares deseados por esa mayoría de mujeres universitarias de clase media que acuden a los divanes?. En Venezuela todavía estamos en la primera generación de hijos de padre y madre profesionales o que, al menos, ganen un sueldo en la calle. La mayoría de mis estudiantes serán los primeros universitarios de su familia y yo misma provengo de una familia integrada por un padre universitario y una señora consagrada a su hogar. De manera que las condiciones de "un tipo especial" de elección de objeto amoroso para los vieneses de 1910 siguen siendo un "tipo común" para los venezolanos del año 2000: la deseable no es la igual, la que compite con otros hombres y mujeres en el terreno académico, laboral, político, etc., sino la "rescatable" de una posición inferior, como estaban en relación con sus maridos gran parte de las madres de nuestra generación.

Harán falta muchas generaciones educadas antes de que la iniciativa en la elección de objeto amoroso no sea vista como algo exclusivamente masculino o como propio de mujeres de "sexualidad dudosa". También para que la mujer elegida por un sujeto pueda ser considerada, al mismo tiempo, como objeto sustituto del primero y, puesto que ha superado la atracción hacia el objeto primario y ha logrado sustituirlo fuera del ámbito familiar, como objeto para la mutua satisfacción sexual. Que es lo que las mujeres de nuestros días reclaman, pues salvo excepciones que seguramente no llegarán al diván, lo que suele ocurrir puede resumirse en esta frase mil

veces oída en grupos feministas de autoconsciencia, seminarios, foros y talleres: "quien te respeta en tu terreno no te desea y quien te desea no quiere compromiso alguno". Y es que allá en el inconsciente los hombres siguen anclados a la elección entre la "santa como mi madre", para el matrimonio y la liberal, la no santa, "el objeto sexualmente degradado" para el goce, como decía Freud en 1912 (**Sobre una degradación general de la vida erótica**).

Santas y libres se quejan y no porque estén solas en todos los casos, sino porque están mal acompañadas en estos días en que necesitarían que sus *partenaires* estuvieran más dispuestos para hacer coincidir en un mismo objeto la corriente "cariñosa" y la corriente "sensual" (Freud, 1973:1711), mientras continúan protagonizando, y no sólo en Venezuela, la invasión de las calles. Es una queja que parece antigua pero que, en realidad, apenas comenzó a verbalizarse después de la segunda guerra mundial y cuya satisfacción no ha tenido un recorrido lineal, pues a comienzos de los 80 incluso involucionó por un frenazo del que aún no sale, cuando "el Sida restableció la moral de golpe", como dice Doris Lessing en el segundo tomo de su autobiografía, **Un paseo por la sombra** (Lessing, 1998:483). De ella es esta confesión al final del volumen, que testimonia esa imposibilidad cultural de las mujeres para tomar la iniciativa y ese deseo en balde de ser interpretada por el otro, aún en aquellos "locos años" cincuenta de postguerra y en los muy liberales años sesenta: "Los hombres que me caían bien, con quienes intentaba entablar una amistad, creían que estaba enamorada de ellos

y cuando los rechazaba se sentían ofendidos, confusos y dolidos *¿Por qué me ha dado esperanzas?* Los hombres que yo confiaba en que comprendieran que me gustaban no se daban cuenta, tan bien camuflados quedaban los signos bajo la relación cordial" (Ibid:487).

Volvamos –para despedirla y concluir este artículo— a la pareja parisina de la que hablaba en Brasil J.A.Miller y que demuestra, entre otras cosas, que el malestar por el antiguo estado de las cosas en los tiempos nuevos también está afectando a la Ciudad Luz. Para Miller **la dependencia de la mujer al hombre no es natural** y,

por tanto, **insuperable**, sino que –muy al contrario— es tan opcional que puede modificarse, si esa es la decisión de la sujeta: "Aceptar las recriminaciones y las desvalorizaciones que recibía del marido, siempre las mismas (...) formaba parte de (su) vida hasta el momento en que, entrando en análisis, percibe que eso es un síntoma, que no es nada natural. Percibir que **nada en la existencia del sujeto es natural**, resulta ser una sintomatización generalizada de su vida" (Ibid: 85).

Nota única: todas las palabras en negritas dentro de las citas textuales fueron destacadas así por la autora.

Referencias

CABALLERO, M. (1998). **La crisis de la Venezuela contemporánea**. Caracas, Monte Avila Editores y Contraloría General de la República de Venezuela.

FLAX, J. (1995). **Psicoanálisis y feminismo. Pensamientos fragmentarios**. Madrid, Ediciones Cátedra, Universitat de Valencia e Instituto de la Mujer.

FREUD, S. (1973). **Obras completas**.3ª. ed. Tomo 2. Madrid, Biblioteca Nueva.

LACAN, J. (1971). "Seminario de 'La carta robada'". En : **Escritos**. Tomo I 1.16ª ed. México, Siglo Veintiuno Editores, pp 5-55.

LESSING, D. (1998). **Un paseo por la sombra. Segundo volumen de mi autobiografía (1949-1962)**.Barcelona, Ediciones Destino (Col. Ancora y Delfín. 830)

MILLER, J.A. (1997). **Introducción al método psicoanalítico**. Buenos Aires, Eolia - Paidós (Col. Nueva Biblioteca Psicoanalítica, 6).

MIRES, F. (1998). **El malestar en la barbarie. Erotismo y cultura en la formación de la sociedad política**. Caracas, Nueva Sociedad.